

Domingo XXIV Tiempo Ordinario. Exaltación de la Santa Cruz. Ciclo A

LA CRUZ: SIGNO de SALVACIÓN y PERDÓN

Hay que reconocer que no estamos en los mejores tiempos para hacer homenajes o “exaltar” la cruz de Jesús. La “cruz” no es un producto muy cotizado en nuestros días. Vivimos en una sociedad en la que no vale mucho lo que no sea pasarlo bien. Cada vez se ve más claramente una ley de conducta casi generalizada: tendemos a hacer sólo lo que nos apetece; lo que más nos gusta y anhela es el bienestar, el placer... Y sin embargo, muchas veces nos encontramos con hombres y mujeres, hastiados, incluso heridos, por la vida. Personas que lo han disfrutado todo, lo han experimentado todo, y sin embargo son seres profundamente infelices. Parece que ya no nos podemos entretener en otras delicadezas. Frente a este mundo de gentes que rechazan el esfuerzo y los sufrimientos, ¿qué nos dice a nosotros Jesús clavado en una cruz? ¿qué sentimos cuándo miramos la cruz?.

A veces se nos ha tachado a los cristianos de tenebristas y de necrófilos. Desde fuera no se puede comprender el “gusto” que mostramos por la imagen de Cristo crucificado que preside nuestros templos, que está en nuestras casas, que pende en edificios oficiales o que aparece en las mesas en las que se juran o prometen los principales cargos públicos. Personas de religiones no cristianas argumentan que a sus hijos les da miedo ver a un hombre muerto clavado en una cruz y lo esgrimen como razón para retirarla de algunos lugares que frecuentan esos niños. Muchos cristianos, incluso, han propuesto la sustitución de la cruz en las iglesias por imágenes de Cristo resucitado, pensando dar, así, una imagen más positiva de la persona de Jesús. Evidentemente, la cruz es un signo en el que hay que ver la profundidad de lo que expresa y no la superficialidad de lo que muestra a los ojos. Y esa profundidad sólo es capaz de verla quien cree desde lo profundo de su ser en Aquél que aparece colgado del madero.

En la cruz está la ofrenda, el sacrificio personal de quien decide, con generosidad extrema, que su vida es para darla y no para guardarla; que es para los demás y no para sí mismo; para compartirla y no para disfrutarla en exclusiva. La muerte de Jesús en la cruz es el signo de la obediencia al Padre; Jesús no ha venido para hacer lo que él quiere, sino para hacer lo que el Padre quiere; no es el Padre quien le lleva a la cruz, pero la voluntad del Padre es que no rechace la cruz. El crucificado expresa la fidelidad al hombre llevada hasta el extremo; escapar de la cruz hubiera sido tanto como huir del hombre, negar incluso la condición humana que Jesús había asumido en su totalidad en el momento de la Encarnación. En la cruz se encuentra el que no vino a ser servido sino a servir, el defensor de los pobres y los marginados, la voz de los sin voz, el que devuelve la salud, el que da la vida a los muertos, el que siembra esperanza y crea ilusión y alegría, el que ama de verdad y sin condiciones, el que promete la felicidad a los infelices, el que nos habla de parte de Dios para decirnos que nos ama y que nos mira con misericordia y con cariño, dispuesto siempre a perdonar nuestros fallos. Estos valores encierra el signo de la cruz.

Pero, sobre todo, la cruz es el camino necesario para la resurrección. Si la muerte de Jesús ha sido expiatoria, ha borrado nuestra cuenta con el Padre pagando uno por todos, en la cruz hemos sido salvados del pecado. Si la resurrección del Hijo de Dios ha sido la resurrección de la humanidad asumida en Cristo, entonces por la cruz –necesaria para la resurrección– nuestra muerte ha sido vencida y en su resurrección se nos ha dado la vida eterna. El que *no ha venido a condenar al mundo sino a que el mundo se salve por él* ha obrado nuestra salvación por su entrega desprendida y generosa de su vida en la cruz y a través de su resurrección.

Así, la cruz, se ha convertido para todo el que cree en Jesús en **signo de salvación y perdón**. Mirando al crucificado no sólo vemos los acontecimientos que obraron nuestra salvación, sino que vemos en ella aquello que cada cristiano deberíamos encarnar. Las mismas actitudes del que cuelga en la cruz –el Maestro– estamos llamados a vivir sus discípulos, sus aprendices. La cruz es el estandarte de nuestra salud, de nuestra salvación, lo mismo que aquel estandarte con la serpiente fue causa de salud para el pueblo de Israel en el desierto. Así, todo el que cree que Jesús es el Hijo de Dios tiene vida eterna. La fe en Jesús nos acerca a su misterio y nos hace participar de los bienes que él nos ha obtenido desde su muerte y resurrección. La humillación de quien *se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo*, sometándose a una muerte ignominiosa en la cruz, le ha llevado a la gloria de la resurrección para que nosotros, creyendo en Él, tengamos vida eterna. Ser cristiano será, pues, tomar ejemplo del Maestro. Ojalá que la fiesta de hoy nos ayude a revisar nuestra generosidad y nuestra entrega, nuestra obediencia al Padre y nuestra fidelidad a nuestra condición humana y cristiana, nuestro espíritu de servicio y nuestras actitudes de perdón y reconciliación, nuestra aceptación de la cruz de cada día y nuestro amor a los demás como Jesús nos ha amado.

*Tu cruz adoramos, Señor,
y tu santa resurrección alabamos y glorificamos;
por el madero ha venido la alegría al mundo entero.*

*Avelino José Belenguer Calvé
Delegado Episcopal de Liturgia*